

Antología de Milber Fuentes

Presentado por

Poemas del Alma 



Índice

Ojos llenos de historias circulan en cada pasaje para nutrir sus asiduas experiencia

Esta bandada en vuelo nocturno.

Espacios ocupados naturalmente por la nada.

Hábitat sin domicilio un alma enunciada a cada momento.

Eterna en la Noche: Relato de Sombras y Lumbre

Ser en lo sido eso que nunca será en lo venidero

Ojos que no piden permiso marcan el camino para un final.

Ser en el más minúsculo detalle de la palabra, única forma para la experiencia.

Minúsculos destinos esparcidos hasta desaparecer.

La realidad de un mundo que ignora su propia existencia para existir.

Establecido en el mundo, constituido en las circunstancias, supeditado día a día al irrefutable eterno
partir, poco a poco

Los instintos que potencian la transgresión, son la fuerza para evitar esos límites?

Límites transgredidos por unos silencios impositivos que a como dé lugar realizan sus deseos.

A veces, me encuentro abriéndome camino, como quien intenta descubrir las grietas que separan
tus mundos.

Emociones que se agolpan para cumplir una misión, llegar siempre a ti.

Justo lo que es, casi destructivo cuando debe ser, así naturalmente.

En la ciudad de las cimas invisibles

Desde el océano de combates perdidos, ganas el encuentro con tu propio ser.

Mientras todo está perdido solo queda una caída sin descanso.

La forma que no encaja en lo olvidado por no adherirse a las convenciones.

A tu tiempo, es esta declaración del tiempo robado por tu propia mano.

Manifiesto del Deseo, toda una vida de sueños Postergados

Metafísica del ocultamiento verdad intrínseca bajo la Piel.

Manifiesto de las cicatrices invisibles declaración de un alma en disputa.

Estas Heridas: Fragmentos de un Abismo, Alquimia del Dolor y Cicatrices de una Voz Tenue que

Pocos Escuchan en Silencio

Costuras de la realidad dualidad de la frialdad y el Sueño

Manifiesto Contra la Belleza Prestada: Eres Más Que la Estética de los Otros

Dinastía en la ventana: Legado en miniatura de las herederas de la noche, vigilia para las guardianas.

Sueños inflamables: Estos reflejos en el umbral fuego que el tiempo no apaga

Reloj sin manecillas: la sombra de los actos que emancipan los miedos

El tiempo que no habito tiene la habilidad de nombrar la muerte y parece escucharse mi nombre.

Bocados pequeños para cambios rotundos, decisiones trascendentales para unas cuantas acciones inefables.

En Noches como Esta: El Pensamiento se inunda de esa presencia que fluye en el cauce que aun desconozco.

El Abismo Responde: Coreografías en el Laberinto, Máscaras de lo Profundo

Días de Libertad, Amaneceres sin Dueño: el Regreso del látigo

La Paradoja del Juicio: Fragmentos de un Enigma, Siluetas de una Relación

La Cacería Interior: Espejos de miedos sometidos a nuestras sombras por las bestias de nosotros mismos.

Ecos de la Apariencia: Simulacros del Ser, Verdugos de lo Incomprendido siendo Inquilinos del Vacío.

Los Dueños del Espejismo: Reflejos de una jaula, la trampa en el espejo con ilusiones de superioridad.

Detente un instante, y piensa en cuánto podrías revelar al mundo cuando ceses esa danza ciega.

Náufrago en tu Mar: A la orilla de la redención existe un sorbo de eternidad.

Ser un mito en el eco perdido de los otros.

La fragilidad y el depredador: La dulzura del instante es el peso de un vistazo

Conspiración del deseo: Emociones incontenibles que se fortalecen en unos cuerpos que simplemente piden más

El eco de tus manos: jirones de carne y silencio

El plan cifrado: Cadenas invisibles que representan el destino en los márgenes.

El eco de la doctrina es el espejismo de la libertad.

Oficio de sombras: verdades de humo en la jaula del tiempo

El Río de lo Impermanente: La Ilusión de lo Eterno

Fronteras de la ausencia: refugio de quien prefiere evitar sentir

El Don de las Palabras: Cenizas de un Verbo Hueco

Intenciones cálidas de cuerpos frágiles con fuertes sensaciones.

Monólogo del cuerpo: máscara de carne y hueso

El peso del oleaje: crónica del éxito y el tiempo perdido

El silencio quebrado: una voz, una condena

La sabiduría efímera: entre lo retenido y lo dado

Cristal y Desvelo: Ira ante la Lluvia Eterna

Laberintos sin salida: libertades borradas y la fragilidad de existir.

Tierra y abismo: columnas de palabras que sangran.

Sombras en tránsito: Entre reflejo y olvido

Roce de la vida en fugaz eternidad

La chispa y la ceniza: El vínculo entre humanidad y ciencia

La ilusión del ser: de la circunspección al vacío

La música del tiempo invertido

Susurros del tiempo detenido: La dilación del ser

¡Sabes!: Estrella en la Sombra

Condición de ser: tan apremiante que cabe en un puño bien cerrado

Las cenizas de una diosa: Cuando el agua olvida su nombre

Entre lo efímero y lo eterno: susurros del tiempo

Aurora del Ser: Ecos de la Consciencia

Manos Vacías: Entre Sombras Ecos y Tacto

Fulgor y Ruina: Paradoja de Samantha

Mi nombre seguirá en pie: porque así lo he decidido.

Latido inquebrantable: entre soldados y escorpiones.

Cuando la realidad estrecha su cerco, los sueños se vuelven el último resquicio de libertad.

El Eco de la Resistencia: Contra la Sombra del Conformismo

Laberintos del Olvido: Memorias en la Penumbra

Desde la línea delgada

Todas las vidas que no viví: Una y otra vez, tú

Ojos llenos de historias circulan en cada pasaje para nutrir sus asiduas experiencias

Aún después de asiduos lugares recorridos, esta vida está hecha de devenir y en él me regalas tu silencio con una sonrisa cómplice de... me regalas tu parálisis cuando estoy a milímetros de faltarte al respeto. Se me hace divertido tu sutil manera de frenar el ímpetu. Sin embargo, me presentaste a tus besos, tus labios que parecen inocentes se asomaron meticulosamente a mi boca, tocaste en suave roce cual pinceladas dibujando mis labios con los tuyos, y éstos ahora están húmedos como pintura fresca. Fue sólo una pequeña probadita y ésta fue tan única como un fruto exótico del que creo soy el primero en degustar. Pero ángel de ojos negros que custodian tristeza, me temo que los bocados grandes son lo mío. Aquella mañana en la que irrumpiste en mi espacio, tu aroma hacia antesala a tu presencia, fue entonces cuando por primera vez escuché tu voz y sin saberlo le hablaste a una parte de mí que ni yo mismo conocía. Desde ese día jamás eres pasado siempre estás presente, el raudal de ti en mi es soledad. Encuentro en tus ojos oscuros, fijos, continuamente exorbitados, pero pequeños a la vez, curiosos y siempre a la espera. A mi Amélie de Jean- Pierre Jeunet, pareces fría, pero desbordas de palpitantes emociones. Espejo de morena Gala, blanca y frágil, tienes una negra dentro, debo tratar con suficiente atención tu piel, tu cabello, en dónde mis dedos son insurrectos. Preguntas quien soy, como es posible que no te tome a la primera, como es posible que aún no te falte al respeto. Descubres esa voluntad indomable que se advierte en mí, pero tu presencia revoluciona mi experiencia, mis instantes. Ángel de mirada fija, siempre a la espera de... te sometes solo a tus propios sentimientos, y estos están comprometidos, me pides en voz queda que te siga besando, volviendo a retocar la obra de arte que construyes palmo a palmo con tus fértiles labios horizontales. Siempre te veo sola, pero es toda una manada la que esta tras de ti al asecho. En otro tiempo fuiste alimento de las circunstancias y éstas aun te someten, ansío tu libertad, quiero transformar tu tristeza que sabes esconder, que tu soledad sea nuestro vínculo. Entra solo un momento, mi refugio te espera, aquí las investiduras, cadenas, cerrojos y candados, no tienen sentido, así que no son necesarios. Tarda, sólo el instante suficiente para que bebas de esa libertad que parece dormida y yo tomaré únicamente lo que ya me has dado, nada más que eso. A menos que allí seas generosa, a menos que al respirar el aire que sale de mí cuando te tengo cerca, quieras durar un poco más... Pero ángel en litoral de arena menuda blanca y cálida, un poco más no es para siempre. Un poco más, es sólo el momento atemporal en el que quieres respirar el aire que respiro cuándo transformas la realidad.

Esta bandada en vuelo nocturno.

Quando me encuentro con el arbusto de flores negras que es tu pelo, me recuerda que a veces imagino las flores como bandadas de pájaros, que la selva de plumas es realmente una muchedumbre de pétalos. De cualquier modo, las rosas, los tulipanes, así como las golondrinas y estorninos, cumplen la misión de llevar mis mensajes. Aunque pueda que unos resistan más el peso de mis palabras, quizá los pájaros de plumas puedan transportar estos mensajes de carne y de huesos. Los otros, los de pétalos, quizá soporten los sueños y las ideas. Pobres flores, hoy llevan en banda una carga muy pesada.

Espacios ocupados naturalmente por la nada.

Después, mucho después... cuando ya no estaba, se pudo sentir que la ciudad entera había quedado vacía, así que contaba historias en los espacios en los que seguramente había transitado susurrando a las paredes. El mensaje fue más simple que el de otros días, se corrió la voz en las grietas de las calles más angostas con pequeños roces al respirar en las paredes frías componiendo así este alfabeto, y los enormes edificios desocupados fueron el emisario. Toma atenta nota, esta mañana quiero respirar su piel con pocos discursos, solo respirar su piel.

Hábitat sin domicilio un alma enunciada a cada momento.

Sus labios son ese territorio donde se posa fértil el alma, el lugar del que emerge la voz para encarnar el gentilicio que anuncia la procedencia, nacionalidad de estos ojos. Hace tiempo que solo existe la compañía de ser apátrida desarraigado a fuerza del hogar anidado entre esas piernas fecundas por si mismas, ese mismo hogar que ya fue tomado por otro pueblo, restringido poco a poco hasta perder la ciudadanía de su piel.

Eterna en la Noche: Relato de Sombras y Lumbre

La oscuridad tiene nombre propio y habita en unos labios prominentes. Ojos abismales biselados por trenzas en una piel que se ofrece como la noche y es el puente que recorro en todas direcciones, interminable. Mas hay luz en la noche, y el prudente afán de proteger ese faro ha invocado el amanecer. La luz de esa noche es una brizna débil al salir el sol, y se extingue.

Ser en lo sido eso que nunca será en lo venidero

Eres ese lado oscuro que tiene mi alma de ida y vuelta, de cerca y de lejos. Tan seductor que es capaz de mantener activa mi curiosidad. Golpeas y acaricias al tiempo. Utilizando la herramienta de siempre, unas veces con la punta de la hoja y otras con la empuñadura.

Ojos que no piden permiso marcan el camino para un final.

Estos ojos que hasta ahora me acompañan son colas de gato. Ven el mundo sin mi permiso, consumen la vida a bocanadas gigantescas, desde antes del sol rojo de la mañana hasta el cansancio del sol de la tarde. Los días son todo lo que ellas ven, colas de gato que son látigos caprichosos que toman la decisión de ver lo que desean.

El día de mi muerte será el día que esas colas ya marcaron. definitivamente no será un lunes, quizá en domingo cuando todo está en silencio, o un sábado ruidoso. Sé que no será en calma; será un espectáculo, como los viernes, cuando unos miran el crepúsculo y otros la novela de la tarde. Yo, mientras, gritaré anunciando mi final.

Ser en el más minúsculo detalle de la palabra, única forma para la experiencia.

Ella, siempre con su andar presuroso, tacones medianos y el cabello rubio que juega con el viento, labios siempre a punto de pronunciar un misterio. Cuando veo su imagen, es como si el silencio entre nosotros hablara. Me interroga, me desarma. De mí nacen palabras incontables, como los eslabones de una cadena rota que, en su destrucción, expone mi necesidad de comunicar lo indecible. La vi, sonriente, pero su risa no era para mí. Me miró, un instante detenido en el tiempo, y luego se fue. ¿La próxima vez me acercaré, para reír con ella?. Pero nuestra cercanía siempre ha sido distante, de esas que solo saben decir 'hola', 'qué tal', 'adiós' sin más. Y sin embargo, aquí, en las palabras, nos sentimos más cerca. Es este el único espacio donde mis palabras, libres, alcanzan algo parecido a lo que siento. Pero lo que siento no tiene nombre, es innombrable. Por eso su juicio, tan preciso, nunca podrá entender mi caos, mi falta de convenciones. Y así sigo, perdido entre lo que no puedo decir y lo que nunca será comprendido.

Minúsculos destinos esparcidos hasta desaparecer.

Criatura de voces cortas y augurios largos,
tu incesante proceder impredecible
pone los ojos del mundo sobre ti.
El mundo, testigo mudo, contempla
cómo tejes, uno a uno,
los eslabones de una interminable cadena de verdades a medias.
Ser de incontables palabras,
tus presagios son huesitos quebrados,
cadáveres olvidados al borde de carreteras desiertas.
Bajo el paso regular de los vehículos,
se deshacen lentamente
hasta que no queda nada.
Es el polvo de tus verdades lo que respiramos,
mientras los días se desvanecen
como las sombras al final del crepúsculo,
y tus palabras, inútiles,
caen al suelo, inertes,
sin encontrar eco en el abismo.

La realidad de un mundo que ignora su propia existencia para existir.

Prisionero perpetuo de una realidad inexistente,
habito entre el escepticismo,
la quimera de la libertad,
y la vacía otredad.
Soy el oprobio del tiempo,
una sombra que suma bajezas,
mientras la vida continúa, indiferente.
En esta era que habito,
puedo mutilar a mi vecino con sutileza,
para luego decir: "No fui yo."
Y la vida seguirá, como siempre,
en su danza lenta y sin eco.
Veo el karma como una deuda eterna,
una factura por pagar,
una condena que nunca termina.
Los engaños son viajes invisibles a través del tiempo,
mundos ocultos que se entretejen en las sombras,
realidades paralelas donde las decisiones crean universos
que se disuelven en la nada.
Incapaz de soportar mi propia vida,
fabrico otra,
un refugio de sombras tejidas,
una casa en la niebla donde me pierdo.
Espero que las aguas claras
se queden en la superficie,
porque mi verdadera morada
es la oscuridad abisal,
donde el sol jamás encuentra lugar.

Establecido en el mundo, constituido en las circunstancias, supeditado día a día al irrefutable eterno partir, poco a poco

Cuando era niño ?aunque ya contaba con 27 años?
conocí a una niña hermosa en un lago.
Ella, mucho menor,
me convirtió, sin saberlo, en hombre.
Me embelleció como el primer trazo en un lienzo virginal,
desplegando una gama infinita de colores
que, tal vez, siempre habían estado allí,
esperando la mano que los revelara.
Puso luz con una pátina firme y decidida,
mezclando los colores como quien conoce
los secretos más profundos del universo,
interpolando cada tono como si leyera los astros.
Y fue solo después ?mucho después?
cuando comprendí que la amaba,
profundamente,
como se ama lo irrecuperable,
lo que nos transforma y luego desaparece.

Los instintos que potencian la transgresión, son la fuerza para evitar esos límites?

Instantes exiliados del tiempo,
capturados en fugaces polaroids,
un permanente devenir.

Pequeños momentos, como pequeñas sus manos,
ansiosas de desplegar la honda voluntad de un hombre
que solo pide más.

Ella, siempre natural y firme en sus emociones,
se deja arrastrar por el torrente de sus pulsiones,
escalando los límites que se atreven a nacer.

El escenario que ambos crean es perfecto;
él no acepta el umbral del "ya no más",
mientras ella ansía probar la fuerza
que disuelve esa tensión.

Limites transgredidos por unos silencios impositivos que a como dé lugar realizan sus deseos.

Promesas rotas, abandonadas en las esquinas del deseo.

Ella, diminuta en cuerpo, pero inmensa en ansias,

se rinde ante la sed de sus propios labios,

transgrede su voluntad para abrazar

la pasión que ha ido cincelandando, día a día.

Sus ojos?dos pozos de sombra?

demandan lo que el silencio le niega.

Él la desviste, pero ella, audaz,

se adelanta en despojarlo de lo que lo separa

de su piel, del calor de sus venas.

En un movimiento que el tiempo ni la razón sostienen,

lo toma. Él, ya no más suyo, es apenas

un eco de su voluntad cavernosa,

un instrumento que ella guía

con manos pequeñas, pero seguras.

Sobre él, vigila, observa,

como quien traza un mapa sobre la piel del deseo.

Cree dominar, cree que el control es suyo,

que cada movimiento es una respuesta al latido

de su propio placer, a su ritmo.

Pero, en el último instante,

cuando los gemidos son apenas un eco

en el silencio de la madrugada,

él, expedito, se retira,

rompiendo la línea de sus anhelos.

Un beso sellado en la boca del silencio.

Ella no ha sido saciada,

y su silencio es el reclamo que la noche

no se atreve a contestar.

Él, entonces, cede.

Cediendo, la adentra en un nuevo terreno,

donde el placer es una frontera que ha de cruzar
sin mapas, sin guía, solo con el grito
de su cuerpo, que ya no le pertenece.
Ahora, en el borde de lo soportable,
toca la puerta de sus propios límites.
El deseo, una vez liberado,
ya no obedece más reglas
y, con un suspiro, pide parar.
Pero ya no hay regreso.
El placer ha trazado nuevos caminos,
y la única ley que queda
es el deseo de más.

A veces, me encuentro abriéndome camino, como quien intenta descubrir las grietas que separan tus mundos.

Sabe el alma del regreso,
del reencuentro con tu risa,
con el tacto que calla distancias,
con la cercanía de tu boca,
esa boca que, húmeda,
se abre como un jardín secreto
cuando me invitas a ser en ella.

Amo tus labios cuando buscan los míos,
en ese instante donde el mundo se repliega
y solo quedamos nosotros,
como dos líneas en el borde de un poema,
esperando encontrarse.

Extraño el tacto inexplorado
de toda tu piel,
presentarme ante tus senos
y dejar en ellos secretos de mi lengua,
como si el deseo hablara en murmullos,
lamiendo la gloria que en tu pecho despierta,
mientras el tiempo se suspende
y me consumo en pensar en ti.

Tus caderas, el territorio donde juego,
separándolas con la ternura de quien busca,
una y otra vez,
el centro de todo deseo,
imaginando estar entre ellas,
una y otra vez,
como un navegante
que encuentra su norte en la suavidad de tu piel.

Emociones que se agolpan para cumplir una misión, llegar siempre a ti.

El deseo, ese punto diminuto en el horizonte,
es la estrella oculta que guía mis pasos.
Con la firmeza del andar, lo lejano se acerca,
el eco de la distancia, un mapa trazado por el latido.
Eres tú, la cifra indescifrable de mi pasión,
el enigma que siempre se me escapa,
y al tocarte, siempre quedo corto,
como quien busca medir el infinito con las manos.
No puedes imaginar lo que ocurre en mí
cuando te pienso, cuando te deseo.
Ahora, siempre. Como un río que ignora su fin,
te deseo en cada instante, en cada respiro.

Justo lo que es, casi destructivo cuando debe ser, así naturalmente.

Solo sé sentir de una maldita forma,
el tiempo es una basura
si no es contigo, con pocas razones cuando es sin ti.
La cuestión es que sin tu existencia, soy definitivamente un maldito hombre,
dispuesto a partir más de un rostro a puñetazos,
a romper más de un corazón, sin remordimientos.
La realidad es otra broma pesada
si no estás metida en ella.
Cada vez que algo bueno ha pasado,
has estado ahí,
aunque ni lo hayas sabido.
No eres un faro, ni una jodida guía espiritual,
pero tu sombra ha estado en cada rincón de esta vida.
Todo depende de ti, del maldito brillo que sueltas,
cuando tienes ganas de alumbrar.
Yo solo me arrastro detrás,
como un perro tras una luz que nunca alcanza,
porque el sol no me calienta sin tu reflejo,
maldita sea, eres todo lo que tengo.
No sé que fue lo que te puso en mi camino,
pero ése ser sabía lo que hacía.
Me hizo ver que la realidad
no es más que el eco sucio
de lo que tú dejas en mí.
Eres mi sol encubierto,
mi pequeña lámpara de motel,
que ilumina justo lo que necesito ver
en esta puta oscuridad.

En la ciudad de las cimas invisibles

En la ciudad donde cada montaña
se oculta tras la esquina,
la libertad se traduce en cargar,
cuesta arriba, cada fragmento
del mundo roto que llamamos vida.

Es un cúmulo de identidades,
promesas rotas, dolores mal llevados.
Apegos que pesan,
una singularidad cínica que gime,
el desencanto de un mundo que se desvanece.
Seguir un norte sin serlo,
confiar en quien nunca debiste,
es poner la bala en la recámara
de una herramienta que te apunta
directo a la frente.

La libertad es pagarle al carcelero,
al que azota,
para que haga mejor su trabajo.
Es obedecer para ser libre,
es encadenarse al látigo
con la promesa de que el dolor
te haga más fuerte.

Desde el oceano de combates perdidos, ganas el encuentro con tu propio ser.

Revisando viejas batallas, algunas aún rezuman
sangre, sudor y lágrimas.

En términos de bajas, aquello fue un desastre,
una derrota inscrita en el cuerpo.

Pero veo el camino recorrido en mis adentros,
un sendero que se aproxima, lentamente,
a lo que soy realmente.

No salí indemne de ninguna de ellas;
las pérdidas, enormemente vastas,
dejaron cicatrices donde una vez hubo certezas.

A decir verdad, la cabeza baja,
pero el hombre se alza, más fuerte,
un poco más cercano a sí mismo.

No repetí los mismos errores, salvo uno:
amar a la misma sombra, al mismo rostro,
pero incluso ayer, ya conocía el perdón
que me ofrecí en silencio,
el amor propio que invade mi firme decisión
de seguir amando a esa imagen en el espejo.

Cada batalla me enseñó que el verdadero yo
reside en lo que entrego, en lo que ofrezco.

Y quien no lo ve, pues...

es un espectador ciego
de un combate que nunca entendió.

Mientras todo está perdido solo queda una caída sin descanso.

El abismo no tiene fin, solo el eco de lo que fuimos.
Caemos sin tregua,
la piel desgarrada por el viento,
el hueso desnudo ante el vacío.
El tiempo es testigo mudo de la carne que se desprende,
constelaciones de dolor brillan bajo la piel rota.
A veces,
la caída es lenta,
el aire suave como una caricia olvidada,
pero las heridas no sanan.
Las costras son máscaras quebradizas,
y debajo, la carne arde,
siempre viva,
siempre abierta.
No hay fondo,
no hay fin,
solo el abismo que nos llama por nuestro nombre.

La forma que no encaja en lo olvidado por no adherirse a las convenciones.

Hay algo que olvidaste:
yo soy lo poco convencional.
Cuando miras el mundo,
ves una forma de unificarlo,
y yo soy esa grieta,
el margen que no encaja en tus esquemas.
No creo que lo que soy
pueda juzgarse igual que a los hombres.
A veces, cuando ves a un hombre,
yo soy un niño, con su risa sin freno;
y cuando buscas castigar al niño,
me encuentro como un anciano sin tiempo,
una sombra que se desliza por la historia.
Si hablas de mí con un género preciso,
piénsame en femenino, en la dualidad que arde.
No me juzgues con reglas,
porque soy lo bueno y lo malo, no lo bondadoso y lo malvado
un juego de luces y sombras
que no se deja atrapar en palabras.

A tu tiempo, es esta declaración del tiempo robado por tu propia mano.

A su tiempo, dice,
pero no el tiempo de los otros?
es tu tiempo, ese que corre sin freno,
que no pide permiso,
solo pasa con la autoridad que le diste,
y él, insolente, se la apropia.
La amargura, compañera silenciosa,
teje arrugas en la piel,
las arrugas cuentan, murmuran secretos,
revelan lo que el silencio tragó,
lo que a duras penas pronunciaste.
Son líneas de batallas que nadie vio,
una cartografía de heridas
y risas ahogadas en la madrugada.

Manifiesto del Deseo, toda una vida de sueños Postergados

Era el 7 de abril, año 2004,
una noche cualquiera a sus 46,
frío tenue, sexo nocturno,
y el hedor del tabaco de su mujer,
languideciendo sus ansias de vivir.
No era el miedo a un cáncer terminal,
sino la agonía de convivir con quien
le robaba el sueño, arrancaba el deseo.
Ella vivía para sí, y él?
arrastrado en la complacencia,
postergando anhelos como pan diario.
Cristian recuerda, no siempre fue tormento;
Hace apenas cinco años, decidió quedarse,
con aquella mujer algo mayor,
pero ardiente, una fogosidad
que disfrutaba sin medida.
En su juventud descubrió
que el sexo era un buen escape,
un alivio para los días grises,
aunque supiera que no era cura,
sino apenas un remedio pasajero.
Vivir con alguien que gozara de ese juego,
una útil coincidencia, un refugio
donde el calor de los cuerpos
silenciaba?por un momento?
el frío de la vida.
Pero hoy, en esta noche común,
la brasa del cigarro dibuja sombras
en la pared desnuda de sus pensamientos.
Y se pregunta, por primera vez,
si acaso la piel que toca cada noche
es la misma que lo encierra.
Se mira en el espejo,

las arrugas trazando un mapa
de los sueños no cumplidos,
y un cansancio tan profundo
como el deseo que alguna vez fue suyo.
Tal vez mañana decida marcharse,
o tal vez, como siempre, se queda,
haciendo de la costumbre su abrigo,
del deseo un murmullo lejano.
El reloj marca las dos.
Su esposa apaga el cigarro.
Cristian, en silencio,
piensa en la libertad,
pero la libertad también le teme al frío.

Metafísica del ocultamiento verdad intrínseca bajo la Piel.

La naturaleza íntima te esculpe con un fervor implacable,
tallando en tu ser rasgos que no puedes despojarte,
esa huella sutil que reafirma la metafísica de tu existir,
te da el verbo, la forma, y un tenue reflejo de comprensión.
Pero no es una religión que te redima,
no es un credo que disipe sombras en la fe de lo cotidiano.
Misteriosa, la vida se entreteje en formas de ocultamiento,
en la constante necesidad de ser visto, de brillar,
de sostener logros indiscutibles, de abrazar
una obsesión fría por mantener el estatus intacto.
Todo, con la vana esperanza de cubrir lo que nadie debería ver,
ese secreto a voces que el esfuerzo no logra silenciar.
La verdad se engendra cuando nos perdemos en los otros,
cuando nos devora la urgencia de ver sus faltas y carencias.
Así nos redimimos en un falso alivio,
señalando para exonerar las culpas propias,
borrando nuestra sombra con la moral que nos absuelve,
mientras otros cargan con la culpa que les arrojamos.

Manifiesto de las cicatrices invisibles declaración de un alma en disputa.

Cuan pobre es quien se cree rico,
cuando su oficio de suma importancia
es ser el siervo de los amos intermedios.
El tiempo, después de algunas experiencias,
después de cruzar la mitad de la vida,
deja de ser el trayecto que era antes,
ya no es camino, ni meta,
solo un contenedor que se llena a la fuerza
de recuerdos que pesan más que la carne.
Mira uno hacia atrás, siempre con miedo,
con el terror de haber dejado algo,
de haber olvidado un rastro, una huella,
y se encuentra con un recipiente repleto
donde cada experiencia aún palpita,
aunque el pulso sea apenas un eco.
Solo el látigo de tus emociones
te hace sentir, en cada pliegue de la piel,
el escozor de un tiempo inclemente,
como si el reloj no cuenta segundos,
sino latidos que se agotan sin prisa.
El miedo, la más egoísta de las sombras,
se convierte en el refugio de tus días,
una manifestación voluntaria y ciega,
que te acorrala mientras pretende avanzar.
Y las pasiones humanas,
tan entrelazadas en su propio nudo,
te empeñas en diseccionarlas,
en separarlas una a una, como si el orden
fuera la respuesta que buscabas,
sin notar que en esa frialdad quirúrgica
se pierde la tibieza de sentir.

Estas Heridas: Fragmentos de un Abismo, Alquimia del Dolor y Cicatrices de una Voz Tenue que Pocos Escuchan en Silencio

Soy testigo de la soledad,
un eco en el vacío,
donde antes había piel y músculo,
ahora solo hay un espacio expuesto,
un abismo que remiendo en silencio,
con hilo grueso de mis días perdidos,
cada puntada es un susurro,
una costura delicada que duele,
curarse a sí mismo es un arte cruel.
Estas manos, grandes y desgastadas,
sostienen lo único que poseen:
coraje, un peso,
un refugio en la penumbra,
las heridas cerradas,
con el tiempo, se llenan de mí,
sus sombras son mi esencia,
un testamento de lucha y renacimiento.

Costuras de la realidad dualidad de la frialdad y el Sueño

Hoy atestiguo:

he drenado mi vida de todo aquello,
lo que no fui, lo que se disfraza.

Su señoría, me declaro culpable,
culpable de la ausencia de inocencia,
soy fragmentos de lo que quedó de mí.

Dividido en partes ínfimas:

para los días de mares dorados,
las multitudes, el tumulto,
y las noches largas, llenas de sueños
donde el insomnio cosecha mi ruina.

Parte de mí es el frío que entiendo,
que analiza la realidad sin tocarla,
sin las manos que la corrompen.

La otra mitad, es suya,
dueña de todas mis fiestas,
compañera de tierras siempre verdes,
que ofrece cada pétalo,
en ese jardín fértil donde,
sin culpa, las pisadas ajenas
crujen los tallos que guardan mi esencia.

Manifiesto Contra la Belleza Prestada: Eres Más Que la Estética de los Otros

Te quiero.

Agreste, divina, cómica,
con tu propia estética.

La belleza de los demás, esa belleza ajena
en la que todos se pierden,
no te pertenece.

Es un hogar prestado que te rechaza,
con el mismo aire viciado que respira,
y lo sabes.

Es tu nueva estrategia para alejarte de la soledad,
y yo lo sé.

Pero negra, mulata, mestiza,
eres más que la belleza común,
más que eso que
todos desean poseer.

No derrames el almíbar al viento,
no invites a las mismas moscas que siempre rondan tu dulzura.

Eres más que la confusión para esos insectos,
eres única,
un tesoro,
no comida para vulgares.

Frustrados de un mundo que no te mereces,
eres una diosa.

Así que no comprendo
la necesidad de ser como los otros,
comunes,
presos de sí mismos.

Dinastía en la ventana: Legado en miniatura de las herederas de la noche, vigilia para las guardianas.

Cada noche, me visitan dos guardianas:
lagartijas regordetas que cruzan, una y otra vez,
la malla fina de mi ventana,
ese escudo de agujeros diminutos
que mantiene a raya a los insectos grandes.
Al principio, eran sombras familiares,
pieles frágiles, huesos visibles,
pero se hicieron fuertes,
sus panzas llenas, de tanto devorar lo mínimo.
Con el tiempo entendí:
no son las primeras, otras sucedieron a las de hoy.
Son las herederas de una lucha ancestral,
su dinastía escrita en cazas furtivas,
en noches de luz prendida,
que vuelven a sus patas más rápidas,
a sus ojos más despiertos.
Antes, la oscuridad las hacía perecer,
y yo hallaba sus cuerpos,
pequeñas tumbas en la malla,
reemplazadas siempre por otras, pequeñas,
que retoman la vigilia.
Hoy, en mis noches de vela,
soy testigo de su próspero combate,
de su linaje que sobrevive,
mientras yo también, a su lado,
vigilo y observo la danza,
el perpetuo ciclo de su lucha silenciosa.

Sueños inflamables: Estos reflejos en el umbral fuego que el tiempo no apaga

Hay más fuerza en tu existencia,
no en los años acumulados, sino en el deseo,
en el intercambio de fluidos,
como un pacto entre los días y las noches que ahora recorre despacio.
Los ¿oh, esos púberes?
se buscan a sí mismos, se miran en jóvenes reflejos fugaces,
creyendo que el tiempo es un camino que deben devorar.
Pero tú, con la serenidad de los siglos,
has visto pasar cada rincón del tiempo.
Y ahora, sentada sobre el borde de un sueño inflamable,
como quien sostiene un bidón de promesas y llamas,
sueñas con incendiar el mundo,
solo porque puedes,
porque en la calma de tus años has aprendido
que el tiempo no es más que un reflejo.
en el que ya no te ves.

Reloj sin manecillas: la sombra de los actos que emancipan los miedos

Tu emancipación ¿esa fiebre de los cuerpos?
tiene el mismo filo que el de quien se libera
de miedos triviales,
tan comunes como el tiempo que golpea sin piedad.
La culpa, esa sombra en los actos,
se queda contigo, aunque la devuelvas en caridad,
aunque devuelvas lo que hallaste en el camino.
Porque la culpa nace de tus manos,
de tus propios pasos sobre la arena,
y el acto de querer borrar la huella
es, aunque inocente,
un imposible.
Tendrías que hacer retroceder el mundo,
un reloj sin manecillas que vuelve a su origen,
pero el tiempo no escucha ni vuelve:
se nos va como el agua entre los dedos,
y todo lo hecho queda,
en el eco de una habitación cerrada.

El tiempo que no habito tiene la habilidad de nombrar la muerte y parece escucharse mi nombre.

¿Cómo se puede habitar el tiempo que no se conoce,
el futuro?

Cuando digo "no sé",
digo que no entiendo al tiempo,
que su paso me es extraño
y no creo en algunas promesas.
La realidad hace que tus palabras
casi acerquen ese futuro que temo,
como si al nombrar la muerte
cada día ella diera un paso hacia mí.

Imagino cambiar el mundo,
pero yo ¿sin variación, sin sombras nuevas?
no he cambiado en años,
atrapado en un reflejo inmóvil
que se resiste a moverse,
igual que el tiempo

Bocados pequeños para cambios rotundos, decisiones trascendentales para unas cuantas acciones inefables.

Para cambios rotundos
hace falta una bocanada de aire,
el primer aliento profundo
y un largo trayecto ?
salvo que estos cambios,
benditos e inevitables,
siempre tropiezan con un tumulto,
una marea de humanidad en la que apenas
distingo un rostro,
solo respiro frustración,
ira contenida,
hasta que el tiempo me entrega
un transporte donde puedo,
con suerte y unos golpes,
subir.
Dentro, un respiro breve,
engañoso.
No hay calma en el movimiento,
solo calor,
el peso del otro,
el tiempo cobrando un sentido miserable.
Siento cómo me falta el aire ?
tal vez es momento de desistir.
Hoy no será el día
para un cambio rotundo.
En la próxima parada,
salgo de este licuado de respiraciones,
me marcho a casa
tal vez, mañana,
logre comenzar de nuevo.

En Noches como Esta: El Pensamiento se inunda de esa presencia que fluye en el cauce que aun desconozco.

En noches como esta,
imaginó que mi alma se extiende,
se expande en ondas hasta tocarte,
aunque sé que no alcanzo.
Habitas en mí,
en cada palabra que dejas en el aire,
tu lenguaje navega mi memoria
como un río que, al hablar,
me habita,
gota a gota,
como un néctar antiguo que no termina,
como el eco de un nombre que aún desconozco.
Veo ese río del que siempre hablaste,
fluyendo invisible entre tus letras,
un río secreto al que retorno,
sin saber si al final
terminó de alcanzarte.

El Abismo Responde: Coreografías en el Laberinto, Máscaras de lo Profundo

No invoques razones de humo para tus decisiones;
permite que la lucidez trace la brújula de tus actos.
Comprender basta.

La tristeza crece, la frustración es un yugo pesado,
hasta que solo el abismo responde.

No adivinas cuán gélido soy;
tus juicios rozan apenas mi costra.

No es que no hiera, es que sé dosificar los golpes,
solo lo preciso para que recordemos nuestra carne.

Al final, cada circunstancia es sencilla.

Lo sabemos, mas no vivimos según esa certeza.

Somos adictos a nuestras propias danzas,
extraviados en el laberinto de la mente.

No nacimos para tejer complicaciones,
ni para ceñirnos máscaras y artificios.

¡Normal, dados! ¿Qué es normal, en verdad?

Será solo otra de tus ideas fugaces.

Distensión: nada es realmente normal,

solo el eco de tu pequeño mundo,

un charco donde flota tu ser,

siempre a un suspiro del naufragio.

Días de Libertad, Amaneceres sin Dueño: el Regreso del Látigo

Cada alba, un golpe, una cicatriz que crece en silencio. Palizas, garrotes: el lenguaje del amo, la costumbre clavada al amanecer.

Pero un día, el amo cae ¿fiebre y carne rota? y el silencio lleno el vacío del látigo. El esclavo despierta, huérfano de dolor, y no sabe qué hacer con esa calma brutal.

Espera. Un día, dos, tres... No hay mano que lo empuje a la tierra. Siente algo que apenas reconoce: alivio, un susurro de esperanza que florece donde antes reinaba la desesperanza.

Imagina la vida más allá de sus grilletes, el aire que no corta, el sueño que no teme la aurora.

Pero al quinto día, el amo regresa, con fuerza intacta, mirada de piedra. "¿Creíste que me olvidé de ti?" Y en un golpe despierta de su libertad prestada

La Paradoja del Juicio: Fragmentos de un Enigma, Siluetas de una Relación

Sin embargo, algo que te define es frágil,
esquivo, como querer atrapar al viento.
Por más que las palabras rocen,
es arduo delinear sin eludir
el vasto mundo que llevas dentro.
No intento definir a nadie,
me limito a observar, a ensamblar
los destellos de una relación incompleta.
Dices que tengo dificultad para ver el mundo
en tus palabras; y, sin embargo,
entiendo la vida en las mías.
Tú, tan intrincada, tan enigmática,
una mezcla inabarcable de astucia y juego,
de inteligencia salvaje y mirada pícara.
No sabes cuánto admiro tu modo
tan sencillo de pronunciar juicios,
con esa primera palabra breve, cortante,
como si tu voz supiera siempre el final.

La Cacería Interior: Espejos de miedos sometidos a nuestras sombras por las bestias de nosotros mismos.

Tus miedos son redes en las que cazas seres humanos;
no te basta con atraparlos, sino que insistes en domarlos,
aunque no te atreves a meter la cabeza
en las fauces del animal que dominas.

Buscas en otros lo que no encuentras en ti;
así alimenta esa imaginación turbada
que el mundo tiene en reserva,
creciendo como sombra en el fondo de cada mirada.

Cuando la inutilidad se vuelve un peso
que todos, por piedad o resignación, aceptamos,
es entonces cuando nos sometemos,
sin que nadie nos lo imponga, a su inevitable dominio.

Ecos de la Apariencia: Simulacros del Ser, Verdugos de lo Incomprendido siendo Inquilinos del Vacío.

Los medios se confunden con el fin,
y nos arraigamos en una realidad prestada,
dictada por aquellos que no piensan,
solo interpretan la parodia de un ser
que nunca será.

Cada pliegue de tu existencia es una máscara,
y ahora rezas, como si el murmullo
limpiara la oquedad en tu pecho,
como si borrara el eco de tu vida vacía.

Ineludiblemente, convivimos
con aquellos que piensan con las orejas,
temerosos,
peligrosos,
verdugos potenciales de lo que no comprenden,
árbitros torpes de una verdad
que los sobrepasa y mutilan.

Los Dueños del Espejismo: Reflejos de una jaula, la trampa en el espejo con ilusiones de superioridad.

La opinión, definitivamente,
es un prisma roto para mirar la realidad,
y, en sus fragmentos, ves al otro?
ese que te observa desde un pedestal minúsculo,
un superior en lo nimio, en lo efímero,
un ser que nunca puede errar.
Interpretas el mundo desde un reflejo borroso,
pensando que la verdad se disfraza de mentira
cuando desafía tus certezas;
la opinión, crees, te corona inteligente
por el simple hecho de ser tuya.
Ese trabajo que te abraza y alimenta
con ilusiones de seguridad:
piensas que todo está dado,
y cada mes te asombras de que te paguen,
aunque no sepas bien el cómo o el porqué,
y un leve cuestionamiento basta
para hacerte sentir a la deriva.
Estás en un lugar que te sacia
con verdades absolutas,
en el que ser esclavo
te da la ilusión de pertenencia,
y en la cumbre de ese espejismo,
te lidera un cautivo aún más hondo.

Detente un instante, y piensa en cuánto podrías revelar al mundo cuando ceses esa danza ciega.

Existen lazos humanos tan frágiles,
que no resisten un juicio;
se desmoronan en la primera mirada,
como ramas secas en el viento.
Ser, entonces, es un trabajo copioso,
un largo trayecto sin estaciones,
sin promesas de llegada,
un camino que exige tu permanencia,
y golpea en cada momento de flaqueza.
Hay cosas que brotan tan libres,
tan espontáneas, que las tomas sin preguntas,
las dejas ser, las dejas fluir,
pues de otra manera,
algo en este mundo estaría encarcelado.
La existencia es perecedera, sí,
pero aún más lo es el estado de ánimo,
ese espejo quebrado
que refleja tu inconformidad constante,
con la mujer que eres
y la que intentas construir.
En el arte de conciliar,
hay un obstáculo silencioso:
cuando quien media asume sensatez
como acto irrefutable,
y al otro lado, alguien asiente
sin escuchar más allá del ruido,
pensando solo con las orejas.
¿Qué hacer con el reproche a la opinión
cuando la tomas como acto moral?
Estableces, así, una distancia entre
tu verdad invicta y el simple acto de cuestionar.

Náufrago en tu Mar: A la orilla de la redención existe un sorbo de eternidad.

Me persigue el eco de un pensamiento:
si te odié, me odiaba a mí mismo;
si te amo,
es todo el amor que he encontrado en mí.
Eres mar,
pequeño y único para el universo,
inconmensurable para quien te habita.
Soy el náufrago que llegó a tus aguas,
un accidente bendito,
y aquí sigo, flotando en tu marea.
¿Cómo es posible que tanto océano
no pueda ser bebido?
Y sin embargo,
en la orilla donde la vida roza la muerte,
cuando todo miedo se reduce al mínimo,
un sorbo de ti me estremece.
Ese sorbo,
dulce y salado como el tiempo,
cuestiona toda mi existencia,
derriba muros de certezas
y al final,
me salva.

Ser un mito en el eco perdido de los otros.

Yo soy un mito.
Me toco, siento, y me duele.
En las callesjuelas perpetuas,
los dramas se repiten,
rostros anónimos en un desfile cíclico.
Son las mismas aves,
no migran, no huyen.
Hibernan sin estaciones,
se resguardan de algo innombrable,
un miedo antiguo, arraigado.
Evitan el sufrimiento a toda costa,
pero al hacerlo,
pierden el temblor del vuelo.
Son los mismos hombres,
las mismas mujeres,
figuras moldeadas por el eco del deber,
obedientes al reloj del mundo.
Avanzan, sí,
pero solo para perpetuar su sombra.
Progresan en lo normal,
consuman la expectativa social.
Necesitan héroes,
pues temen enfrentar su reflejo.
Nacidos en cubículos grises,
acumulan posesiones
como evidencia de un éxito sin alma.
El miedo es su brújula,
y sus destinos,
serán otros para no ser ellos mismos.
Reprochan la otredad,
pero alzan su voz contra el espejo,
exigiendo al mundo
que siga siendo el mismo.

La fragilidad y el depredador: La dulzura del instante es el peso de un vistazo

No hay valentía más absurda que la de la fragilidad
jugando frente al coloso que respira su derrota.
Apenas nacida,
ella llegó al mundo sobre un lecho oscuro,
bajo la sombra de bigotes como sables,
colmillos hambrientos
y una lengua áspera que prometía heridas.
Conversó con el abismo,
pidió clemencia en un idioma que no se entendía.
Rogó, sólo por esa vez,
por la dulzura del instante.
Sus ojos fueron lanzados:
recorrieron mi alma,
atravesaron mi carne
como el filo de un hacha,
pesada y filosa.
No quiero saber qué será de mí
cuando su mirada,
que ahora es sólo un rayo fugaz,
se pose sobre mí como un juicio,
como su bien máspreciado.

Conspiración del deseo: Emociones incontenibles que se fortalecen en unos cuerpos que simplemente piden más

La noche, siempre conspiradora,
extiende su manto de murmullos y tragos.
Ella, embriagada de audacia, decide ¿casi
sin razón? buscarlo.

Toc, toc, toc.
El sonido seco contra la madera
rompe el fulgor que el vino le otorgó.
Su valentía, antes ardiente,
se enfría en la humedad del aire.

La puerta se abre
como si el tiempo conspirara
para borrar la distancia que los separaba.
Él la mira sin sorpresa,
como quien recita un viejo secreto:
"No hay espacio para los dos".

Pero ella no titubea.
Se sienta en sus piernas,
sus labios latinos, rompiendo
el cristal del silencio.

Sus besos son relámpagos:
pulsos que despiertan
a la soledad que los había rondado.
Y sus manos ¿mapas de carne?
trazan caminos donde el deseo
es la brújula.

Cuando la luz despierta,

los rescata brevemente,
pero el deseo ?ya eterno?
ha escrito su nombre en sus pieles.

El eco de tus manos: jirones de carne y silencio

Imagino mi muerte como un gran dilema:
tus manos en mi rostro,
intentando arrancar una mirada
que vuelva a sonreír.
Unas lágrimas que jamás vi en ti
de esa manera,
gritan una letanía de rencores,
culpas,
rabia.
Otra vez.

Tus manos en mi rostro,
un silencio que se sostiene,
palmaditas en la mejilla:
?Despierta, anda despierta?.

Corres por la habitación,
esperando que las paredes te frenen.
Saltas, gritas,
para que el piso hiera
la planta de tus pies.
Las uñas rasgan,
penetran el escenario,
tu piel se deshace en jirones.

Otra vez.
Te tiendes desnuda sobre mi cuerpo,
abrazos como ciclones,
tu cadera martilla el vacío,
tus besos inspeccionan lo corporal y más.
Vigías en las esquinas de este cuarto,
te encoges de hombros
desde los rincones.

El silencio se posa
como una sombra inevitable.

Otra vez.

Vuelves a mí como siempre:

?No te vayas, regresa?.

Mi vida,

ya hace tiempo que no estoy aquí.

El plan cifrado: Cadenas invisibles que representan el destino en los márgenes.

El plan para la vida no cabe en palabras escritas,
carece de los caminos anegados de devenires,
de los charcos donde el azar desliza su sombra.

Una vez cifrado,
ya hay poco por hacer.

Los márgenes blancos del formato A4
se tragan el caos,
las curvas del error,
los senderos donde se bifurca el deseo.

Nada que hacer.
Fin de la historia.

Confirmo, a cada instante,
que no hemos superado la esclavitud.
Aunque despleguemos banderas de progreso,
aunque argumentemos en discursos de retórica fría
las formas del éxito
o los frutos del esfuerzo,
seguimos encadenados.

El plan nos precede,
y nuestras manos, dóciles,
sólo firman su destino.

El eco de la doctrina es el espejismo de la libertad.

La libertad siempre será una salida insidiosa,
un atajo sembrado de espejismos.
Creemos que basta con pensarla,
que el mero acto de soñarla
convierte sus barrotes en viento.
La doctrina hace estragos en el alma.
Dejas a un lado lo que alguna vez fue tu humanidad
y en su lugar alzas un cántico ajeno.
Las palabras se vacían,
los sueños se reducen a cenizas.
Y al final,
no es tu voz la que habla,
sino el eco monótono de un credo
que consume tus pensamientos,
uno a uno.
La razón se retira en silencio,
como un huésped que nunca fue bienvenido.
Y tú, sin darte cuenta,
ya no eres dueño de tu voz,
ni de tu sombra,
ni del reflejo que habita tus días.

Oficio de sombras: verdades de humo en la jaula del tiempo

"Consumidos por la verdad"

Te haces inhumano,
en el oficio que devora
los bordes del día,
los ecos de un sueño antiguo
que, en su tiempo,
te sostuvo entre ruinas.

El mundo actual?tan vasto,
tan minúsculo?
es una jaula de horas,
donde los segundos aplastan
lo que alguna vez llamaste esperanza.

La verdad,
ese prisma cambiante y útil,
es un telón que esconde la culpa.

Un escenario perfecto,
hecho para absolverte
mientras tus pasos
se hunden en la falta de entereza.

¿Quién define la pureza de un acto,
si cada sombra se pliega al sol
de una voluntad desgastada?

El Río de lo Impermanente: La Ilusión de lo Eterno

¿Quién puede asegurar el aislamiento,
desde la fría atalaya de la razón,
si al final no es más que un gesto,
un susurro nacido del corazón humano?
Profundos pensamientos,
la retórica más excelsa,
el ingenio que roza las alturas,
todo parece ante la incertidumbre
de un sentir que jamás se deja encerrar
en esquemas o dogmas categóricos.
Cada paso, una grieta en la idea de lo eterno,
como si el suelo firme fuera solo eco,
como si lo permanente fuera un espejismo.
Incluso la fotografía que tomas,
ese instante que crees inmóvil,
aún se revela desde su sombra,
desde su proceso perpetuo.
El devenir es un río incesante,
que arrastra la certeza y la duda,
que nos recuerda, implacable,
que nada permanece,
y que, en ese cambio ineludible,
habita la única verdad.

Fronteras de la ausencia: refugio de quien prefiere evitar sentir

"Semillas de distancia"

Note, con tu acostumbrada sutileza,
cómo germinaban semillas que dibujaban fronteras
entre tu mundo y el mío.
Tu sonrisa, antes abierta y clara,
se ha deslizado en un ángulo cada vez más oscuro.
Tu mirada, ese fuego que habitaba,
se ha enfriado, volviéndose un cristal que me aleja.
Tu voz, ahora áspera,
es la orilla donde las palabras
se convierten en bordes punzantes,
verdades que aplastan,
realidades que creímos inolvidables,
como un árbol que florecía sin ser tocado.
He visto tus fronteras,
sé quién las guarda, quién las cruza.
Procuró mis propios límites,
mi hogar invisible,
donde guardo lo que no se explica.
Tú amistad, esa ausencia que duele a distancia.
Lamento la lejanía, aunque la razón,
fría y pragmática,
te diga que no hay nada que lamentar.
Conozco las pérdidas,
esas ausencias que crecen silenciosas
cuando las emociones se ocultan
por miedo a doler.
Pero algo en mí, algo profundo,
encarna la pérdida y no deja de sentirla.

El Don de las Palabras: Cenizas de un Verbo Hueco

Hay quienes alzan plegarias,
no para tocar el infinito,
sino para fabricar culpables
bajo el telón de un juicio divino.
Confunden al creador con un espejo,
esperan su inmunidad
en el circo de su propio espectáculo.
Piden a Dios con voces de ceniza,
con labios que visten trascendencia,
pero en su corazón germina
el reality show de sus mentiras.
Un poema, si nace del eco vacío,
es un grito que reclama,
una súplica al otro,
una demanda vestida de belleza hueca.
La verdadera palabra
no busca herir ni deslumbrar.
Es un río que fluye hacia el alma,
que no clama, pero permanece.
Ser poeta no es saberse dueño del verbo.
Es dejar que las palabras,
como lluvia que no pide permiso,
fecunden en otros la semilla
de un mundo más sincero.

Intenciones cálidas de cuerpos frágiles con fuertes sensaciones.

"El Eco de los Pasos Descalzos"

Una mañana fría,
su andar, cálido como un susurro,
despierta la hierba dormida.
Sus pies descalzos, tímidos,
intentan no quebrar
la fragilidad del verde bajo sus pasos.
Pero el crujir es inevitable:
un lamento sutil que se expande
con cada huella que deja su empeño.

El aroma húmedo de la tierra
se eleva como un recuerdo,
un testigo tenue del instante,
pero no basta para silenciar
el perfume denso y persistente
de un encuentro reciente.

La falda, alzada por necesidad,
esquiva los arbustos
y descubre el pálido misterio
de unas piernas desnudas.
En su piel, el rastro de un gozo secreto:
un río delgado que aún murmura,
susurrando en su recorrido
la verdad de lo efímero.

Monólogo del cuerpo: máscara de carne y hueso

El rostro detrás de las manos
Tus gestos, esas brechas del alma,
revelan lo que combates en silencio:
la verdad que tiembles por nombrar.
Rodillas que saltan como ramas al viento,
pies que buscan posiciones imposibles,
miradas que se deslizan entre fugaces horizontes,
manos que trazan en el aire su propio laberinto.

Detente.

¿Qué le dirías al mundo si el cuerpo, ese traidor,
cesara su incansable monólogo?
¿Qué secretos se desplomarían
como hojas cansadas en el otoño de tu calma?

La tímida estrategia de un rostro oculto tras las manos
te hace creer que has vencido al mundo,
que la sombra de tus dedos es un refugio inexpugnable.
Pero esa máscara de carne y hueso,
ese velo frágil que construyes,
solo amplifica el eco de lo que temes:
ser vista, sin adornos,
ser comprendida, sin disfraces.

¿Quién es el sujeto, quién el predicado,
en este juego eterno de esconderse?
La respuesta no yace en el movimiento
sino en la pausa.
En el instante donde el gesto cede al ser.

El peso del oleaje: crónica del éxito y el tiempo perdido

El espíritu del éxito,
esa idea que se comercia como un ídolo roto,
es la celda donde la vida queda cifrada.

Tomar una decisión auténtica
es caminar tras las huellas de otros,
huellas que no dejan más que polvo
de un triunfo casual, robado al azar.

Todo está dado para la dignidad,
pero en los lugares donde reina el silencio,
pensar es un crimen,
y el eco de las cadenas laborales
resuena en cada rincón del mundo.
Occidente ya no es un punto cardinal,
es un todo sin salida,
un reloj descompuesto que dicta condenas.

El tiempo, ese oleaje incesante,
golpea con su marea de pérdidas.
Cuando crees pisar suelo firme,
el siguiente flujo devasta tus refugios.
Y entonces lo comprendes:
la vida no es más que un vaivén de heridas,
un intento constante de reconstruir
lo que el mar del devenir arrasa sin piedad.

El silencio quebrado: una voz, una condena

El maullido rasga la noche,
un rumor incómodo que pide alimento
en el vacío de mi insomnio.

Debí dejarlo en la bolsa,
donde los otros cuerpos yacían silentes,
huellas de un naufragio sin retorno.

En mi mano persiste la señal:
tu pequeña tripa aún pegada,
un cordón roto entre lo vivo y lo inerte.
Tu aliento se desvanece,
y en tu agonía se alza un reclamo,
un eco que muerde mi proeza,
la vuelve sombra,
la hunde en el vértigo de lo irreparable.

La sabiduría efímera: entre lo retenido y lo dado

El conocimiento, como un don, encuentra su esencia en el acto de dar,
en la entrega al otro, en el compartir sin medida.

Así como la obra de arte se completa en su exposición,
en el encierro se marchita, pierde su alma, se vuelve huella vana.

Cuán vano es intentar retener, en puños cerrados,
lo poco que has obtenido, el saber que se escapa entre los dedos.

Cuanto más aprietas, más resbalan sus partículas finas,
hasta que el fin llega, y la mano queda vacía.

El éxito que se creía cercano,
se esfuma como arena en el viento,
y lo que se pensaba valioso,
se disuelve como niebla en la luz del día.

Cristal y Desvelo: Ira ante la Lluvia Eterna

El moro, creciente en su tamaño,
ve desesperado miles de perlas transparentes
que mueren al estrellarse
contra el cristal que le pertenece,
como si el mundo mismo se desmoronara ante sus ojos.
Pero pierde el control,
y la ira lo consume:
el fuego dentro de él devora toda razón.
No puede concebir que esas perlas
logren atravesarlo,
porque el cristal es su propio universo,
y él se ha creído dueño del cielo.
Pero afuera sigue lloviendo,
la lluvia no se detiene.
Es la persistencia de la vida que resiste
al ego, al deseo,
a la furia que intenta modelar la realidad,
y mientras él se ahoga en su tormenta,
la lluvia continúa,
impasible, con su voz de eternidad.

Laberintos sin salida: libertades borradas y la fragilidad de existir.

Siempre están presentes los laberintos sin salida,
que te desgastan,
haciéndote vacilar en la incertidumbre
a la que recién te has entregado.
Sin embargo, en el caos
puedes encontrar un resquicio:
una estrategia,
un paliativo
que te permita respirar en el abismo.
Algo así como la esperanza.
Vivir es estar atrapado
en un número infinito de encrucijadas,
en las que no siempre hallarás un camino.
Estás destinado a librar
batallas interminables,
y no saldrás indemne:
lesiones, magulladuras,
y acaso, la sangre
que se derrama sin aviso.
Pero confías,
en que el tiempo,
llegará con su promesa
de un día sin dolor,
de un día en que el sufrimiento ceda.
Aunque, en verdad,
eso jamás ocurrirá.
La razón misma de existir
está tejida con lo irremediabilmente difícil.
Es lo que te empuja a seguir,
aunque, irónicamente,
renegarás siempre del sufrimiento

que te hace humano.

Tierra y abismo: columnas de palabras que sangran.

"Plato de redención"

Consumo el dolor
como un plato principal,
servido en la penumbra del mejor restaurante árabe de la ciudad.
Ahí donde las citas se celebran,
pero prefiero ir solo.
Toda mi vida está tejida con hilos de redención.
Mis palabras son cuchillos y bálsamo,
coraje y redención,
costuras en una tela que nunca deja de rasgarse.
Hay sueños,
sueños que pesan,
como frutos demasiado maduros.
Mis manos duelen al alcanzarlos,
pero no puedo evitarlo.
Es inevitable consumir este dolor:
vegetación fértil,
raíces que devoran otras raíces,
aunque ellas mismas sean condenadas a perecer.
Los sueños son demasiado fuertes
para abandonarlos en la mesa del descuido.
Y tengo estas palabras,
estas palabras que sostienen mi frágil existir,
como columnas que tiemblan,
pero no caen.
Al final, es el dolor quien me alimenta,
es mi tierra y mi abismo,
mi herida y mi cosecha.
Y, paradójicamente,
es la razón por la que sigo caminando.

Sombras en tránsito: Entre reflejo y olvido

Bajo el cristal sucio de un autobús
Cuando un espacio puede contener tu existencia,
aunque solo por un instante,
la reflexión se encarna en la ventana.
Ella estaba allí,
perdida en sí misma,
fugándose del ahora
como un eco que no encuentra pared.
Recostada y aferrada al viaje,
mi mirada, un anzuelo en el aire,
la detenía en su fuga,
aunque solo para sumergirse de nuevo
en el movimiento estrepitoso
de un autobús repleto de humanidad.
Le agotó mi inquisitiva mirada,
que ponía en duda su trascendencia.
Finalmente, me miró,
pero solo para cambiar de posición,
dejando atrás el peso del presente.
Se deslizó hacia el último rincón,
junto a una ventana,
donde la luz apenas alcanzaba
su contorsión de sombra y belleza.
Y allí, tras los cuerpos agolpados,
la vi diluirse,
como un susurro atravesando un vidrio sucio.
Poco a poco,
la mujer se desvaneció,
hasta ser solo un recuerdo
en la memoria de aquel asiento vacío.
Pronto, una anciana tomó su lugar,
abriéndose paso entre el tumulto,
aferrada a tubos oxidados,

y lanzó improperios al aire,
sin sospechar que ocupaba el sitio
de alguien que nunca estuvo.

Roce de la vida en fugaz eternidad

La transparencia del instante
Mínimos instantes, tumultuosas sensaciones,
una resistencia que persiste frente al abismo del no-ser.
Como un eco constante, la humanidad demandante
me asalta en los santiamés de su angustia.
Aunque conozco el final del torbellino, no puedo evitarlo:
el tiempo apremia, como cuchilla sin tregua.
Erguido bajo el filo de los maltratos matutinos,
escapo a través de la imagen difusa
que me ofrece una ventana burda y asquerosa,
apenas aferrada a su transparencia.
En ese instante de pérdida, cuando la angustia
ha llenado cada rincón de mi ser,
una mano, fortuita o destinada, se posa sobre mí.
Me estremezco; algo profundo y frágil despierta,
un vestigio de calidez que no se explica.
Fue un segundo, un roce efímero,
cargado con la promesa de un día más.

La chispa y la ceniza: El vínculo entre humanidad y ciencia

El conocimiento, esa brújula herida,
nunca encuentra el puerto donde ancla la humanidad.
¿Es la sensibilidad un error,
un espejismo que desvía a la razón
del camino hacia la verdad inmutable?
La inteligencia, dicen,
no es más que una consigna muda,
un eco que se apaga en la caverna del mundo,
y aun así, hay quienes transitan su sendero,
ciego el corazón, endurecida la mirada.
Incluso aquel que asume su ser,
igual al de las piedras y las sombras,
ve extinguir su horizonte
hasta que solo queda la ceniza del pensamiento,
caduca y olvidada,
como un libro cerrado
en una biblioteca donde nadie lee.
La humanidad, quizás,
es la chispa en la maquinaria del cosmos,
el error necesario
que hace al engranaje tropezar,
pero también bailar.

La ilusión del ser: de la circunspección al vacío

Cuando asumimos que reconocer al otro
se reduce a un leve gesto, a un saber distante,
al débil eco de una presencia ignorada,
descubrimos que la existencia percedera
es la fortaleza ilusoria de los puños cerrados.
¿Quién puede influir en ese abismo?
Solo queda el vestigio del instinto,
básico, desnudo, ajeno a lo natural.
Y cuando crees que tus actos
son meros espejos de una circunspección vana,
te entregas al río oscuro de tu mundo interno,
a las sombras que lo configuran,
al flujo eterno de tus reglas,
un débil baluarte en la deyección del ser.

La música del tiempo invertido

Entre plegarias de eco sordo,
el futuro retrocede como un río que se niega a avanzar,
dejando un tinnitus de circunstancias,
un empeño que florece estéril
en la tierra donde nunca brota el mañana.
Creemos poseer la razón,
como quien se aferra al reflejo en un charco,
pero la voz que guía se disuelve en el viento,
y apenas nos queda el murmullo
de algo que nunca fue nuestro.
¿Es real lo que ansiamos tocar?
¿O acaso la niebla de lo difuso también pertenece al ahora?
Las tradiciones, esas cadenas de ojos ajenos,
nos enseñaron a mirar a través de un lente prestado,
pero quizá, en lo borroso,
habite la verdad que tanto hemos negado.

Susurros del tiempo detenido: La dilación del ser

En los momentos más sombríos,
cuando cada rincón de nuestra existencia se ve desbordado,
nos es grato pensar que el universo se pliega a nuestro deseo,
como un reloj que ajusta sus engranajes a nuestra voluntad.
Pretendemos, entonces, rendirnos a la espera,
confiando en que lo divino resolverá lo que la mano humana no osa tocar,
y, sin embargo, blasfemamos,
cuando los resultados no alcanzan la perfección que imaginamos.
Es difícil vivir,
cuando estamos atados a la obligación,
y la vida se convierte en un suspiro aplazado,
como un eco que se diluye antes de alcanzar su forma.
Quizás, en la eternidad de esta espera,
todo se resuelva por sí solo,
o tal vez, nunca sepamos si lo que ansiamos fue real.

¡Sabes!: Estrella en la Sombra

Quizá mi voz resuene como un eco inconfundible,
una vibración que deja huellas en la memoria del aire.
Mi escritura, en cambio, sigue siendo un abismo para ti,
un territorio indescifrable donde se extravía el eco de mi ser.
Pero si reconoces mis lugares comunes,
los mismos de siempre:
mi voz y mi palabra,
entenderás que mi vida se ha escrito en ellas.
Cada vez que he dicho "te amo", un matiz nuevo ha emergido,
un destello inédito en la constelación de mi existir,
una nueva chispa en la tinta de la eternidad.
Te confieso: a veces me pierdo en un estado de borramiento por gravedad,
como si el peso de mi propio ser me desbordara.
Sé que un nacimiento se gestaba en mi garganta,
y su alumbramiento no fue sencillo.
Imagino que la palabra escrita es la forma más pura de la creación,
un universo que se expande en la vastedad del silencio.
Si esto es cierto,
entonces he dado a luz incontables mundos
en cada declaración de amor que te he susurrado.
Y tú, siendo el centro gravitacional de mi verbo,
es el momento de que asumas la responsabilidad de ese cosmos.
Compréndelo, de una vez,
no se trata de rendir el mundo ante ti?
es un gesto banal, insulso?,
sino de haber tejido un cosmos donde el tiempo respira solo para ti.
Entre las estrellas de cada verso,
te espero,
como quien aguarda la madrugada en el horizonte,
sabedor de que la oscuridad es solo el preludio
de lo que la luz, por fin, revelará.
No me pidas que deshaga lo dicho,
ni que borre el mapa de estos mundos nacidos,

porque son los vestigios de un amor que no tiene final.
Cada palabra, aunque dispersa, sigue su curso,
como ríos que se entrelazan en un solo océano.
Has sido la musa de mi espacio,
la raíz de cada pregunta sin respuesta,
y, sin embargo, no exiges explicación alguna.
Solo escuchas el susurro de lo que fui,
lo que soy, lo que seré en este vórtice de lo indecible.
Hoy te entrego la última estrella que aún me queda,
no como sacrificio, sino como ofrenda,
la que brilla en la sombra de lo irremediable.
En ella encontrarás todo lo que mi ser no sabe decir,
todo lo que la memoria de la carne no alcanza a recordar.

Condición de ser: tan apremiante que cabe en un puño bien cerrado

Saberme es sostener lo que aún palpita,
lo que resiste al peso de las sombras.

Ni la materia, ni el metal, ni la luz fría,
sino el fuego que arde sin dueño,
el latido que no se rinde.

Y sin embargo, me pierdo en esta pantalla,
destiñéndome en su resplandor sin alma,
como si este parpadeo de mundo
fuera algo más que cenizas suspendidas.

Las cenizas de una diosa: Cuando el agua olvida su nombre

Quiero contar historias,
pero cada vez que mis pies tocan el suelo,
el impacto me dispersa.
Soy astillas en el aire,
fragmentos de lo que alguna vez fui.
Samantha, fiera y lúcida,
se ha rendido ante la bruma.
Se abandonó a un letargo sin bordes,
una pausa que no cesa.
Antes, el tiempo le obedecía,
pero ahora se diluye en los días de otros.
Vivir para los otros la deshace.
No queda su sombra, ni su rastro,
solo un eco sin nombre.
¿Cómo es posible que la reina de Java
se arrodille ante las migajas,
cuando su pecho arde
como un mapa de estrellas?
¿Cómo admitir que Yemayá,
la primera entre dioses,
la que apagó el fuego del mundo primigenio,
ahora tiembla bajo la sombra de las moscas?
Las moscas?
las mismas que rondan
lo que ya no respira.

Entre lo efímero y lo eterno: susurros del tiempo

Eco del Encuentro.

Sabes, hace unos meses te vi;
caminabas a pocos metros,
como un susurro en la brisa otoñal,
y en ese instante fugaz mi alma tembló
al compás del murmullo del tiempo.

Creí? por algún hechizo del destino?
que en el eco de mi ser
percibirías mi presencia, descifrarías mi sentir.

Pero te alejaste, con un andar lento y melancólico,
como un eco que se desvanece en un valle silente,
dejando tras ti el aroma persistente
de un deseo incesante.

Anhelé retenerte, ser la luz en tu noche,
como la chispa de una vela en la penumbra,
guiarte en el laberinto de lo inefable,
donde cada paso es un puente de susurros
entre lo efímero y lo eterno.

Contigo, la pasión se expande en horizontes nuevos:
las palabras, como hojas al viento,
renacen en su esencia,
cada suspiro, un eco recurrente
que une instantes breves y eternos,
símbolos de lo inalcanzable.

Respirar en ti es alimentarse de un universo distinto,
donde tu boca se abre, cálida y vibrante,
como la puerta a un jardín secreto
y la salida hacia senderos sin fin,
donde cada roce se vuelve tacto
de la eternidad.

Tu cuerpo encierra infinitas posibilidades,
un templo inacabado de texturas y aromas,
un paisaje donde juntos esbozamos sueños,

aún con vastos territorios por descubrir,
donde el eco de tu risa y la sombra de tu adiós
se funden en un suspiro compartido.
Sin embargo, cada uno de tus pasos
alarga la distancia,
acentuando la dualidad
entre lo fugaz y lo perenne,
dejando en mi memoria
la huella indeleble
de un eco, de una luz, y de una sombra
que, juntas, confirman la eternidad.

Aurora del Ser: Ecos de la Consciencia

Cada aurora se abre
con un murmullo dorado
que revela en mí sombras
y destellos de luz renovada.
Descubro lo oculto
en el latido silente de mi ser,
mientras tú, mi viva consciencia,
te fundes en mi piel, en cada suspiro,
como un eco dulce y palpable.
Te he amado con la fuerza
de un río rugiente,
su estruendo quebrando el alba
y arrasando montañas de dudas.
Tú, verdad inmutable,
eres el faro en el fluir
de este amor que palpita real.
Eres mi refugio secreto,
el aroma terroso de la lluvia reciente,
la frescura del jazmín en la penumbra,
la tierra fértil donde construyo
un país sagrado de emociones,
donde resuena, constante,
el susurro de tu nombre.
Gestiono mi ser como un reloj
de precisión ancestral,
desafiando el inclemente paso del tiempo,
rechazando la ceguera de aquellos
que no pueden ver la senda oculta
donde lo simple se transmuta
en un universo cargado de significado.
Mi amor, transmutado en saber,
se desnuda de lo efímero
para abrazar lo eterno e inmortal,

una virtud nacida en la insensatez
de un corazón que se atreve a soñar
con fervor y sin límites.
No permitas que la incomprensión
apague la tenue luz que nos guía;
he andado por veredas de sombras y luces,
elegí compartir este destino
con cada latido vibrante,
sin titubear ante la corriente
que amenaza con diluir nuestro canto.
He luchado por forjar esta unión,
donde cada caricia es un eco
de un ritual ancestral,
y cada adiós, el preludio
de un reencuentro resplandeciente.
Ahora, mi mente y mi vida
se elevan, firmes y palpitantes,
como un canto que trasciende el tiempo,
testigos de un delicado equilibrio
entre lo efímero y lo eterno,
donde tu presencia se convierte
en la promesa viva
de un amor que desafía la mortalidad,
dejando en cada latido
la marca indeleble del infinito.

Manos Vacías: Entre Sombras Ecos y Tacto

En el silencio de mis manos late un enigma,
pues en aquel primer roce contigo descubrí
que había vivido con ellas desiertas,
vacías de la caricia que da forma al alma.
Allí, en la penumbra del tacto ausente,
el contorno de tu piel se erige como relicario
de lo que fue y de lo que aún podría ser,
y cada caricia perdida se vuelve un eco
que retumba en el abismo del olvido,
transformando la ausencia en un dolor sagrado
que el tiempo, con su misteriosa alquimia,
intenta transmutar en luz.

En la quietud del existir me pregunto
¿cómo se funden dos almas, marcadas
por la impermanencia, en un abrazo eterno?
Fue en ese encuentro etéreo y revelador
donde, en el abismo de tus ojos, me reconocí:
dos viajeros en senderos de sombras y destellos,
destinados a reparar las grietas del tiempo
con la fuerza silenciosa de un querer inefable.

Así, en la conjunción de ausencias y presencias,
cada latido se torna en palabra y cada suspiro en verso,
transformando el dolor en semilla de un jardín secreto
donde florece, inmortal, el conocimiento del deseo.

Porque en el eco de unas manos vacías
se esconde el universo entero,
un susurro perpetuo de lo que fuimos
y de lo que, en el silencio, anhelamos ser.

Fulgor y Ruina: Paradoja de Samantha

Samantha, forjada en las llamas de un infierno interior,
habita un reino donde la libertad es un espejismo
y cada barrote es la sombra de una ilusión.
Le aseguran su singularidad como un eco vacío,
pero en el abismo de su ser, regresa siempre a la penumbra,
furtiva, como un ladrón que se despoja de sus propias verdades.
¿Qué destino aguarda a las almas cinceladas en fuego,
que se alimentan del fulgor efímero de la belleza
y se veneran en altares de deseo inconstante?
Su hermosura se alza como un faro, un prisma
que refracta anhelos imposibles, pero su esencia es frágil?
tan tenue como el cristal al amanecer,
capaz de quebrarse al primer roce del tiempo.
En el instante en que el reflejo se deshace,
cuando un brazo se disuelve en la penumbra
y el rostro se fragmenta en cenizas del olvido,
la epopeya de la admiración se vuelve una paradoja:
el poder de ser deseada se revela como un sueño percedero,
una contradicción sublime entre la exaltación y la ruina.
Y en esa contradicción, mi voz se vuelve confesión:
no es la vanidad la que impera, sino la fragilidad misma
de lo que anhelamos y de lo que nos define.
Cada latido es un verso de rebelión contra la inexorabilidad
de la decadencia, cada suspiro, un pacto secreto
para transformar la transitoriedad en eternidad.
Así, en el eco de lo perdido? en el espejo roto del deseo?
descubro que la verdadera fuerza no reside en la perfección,
sino en la capacidad de abrazar la dualidad:
la libertad que nace de la prisión de lo efímero,
la luz que se forja en la sombra,
y un final, tan enigmático como la aurora,
que desafía al olvido y convierte cada herida
en la semilla de un poema inmortal

Mi nombre seguirá en pie: porque así lo he decidido.

Lo que he decidido
No es la memoria,
ni el olvido,
ni el eco de las voces que se apagan.
Es mi decisión.
Que el universo se incline o no,
que el viento intente morder mis pasos,
que el amanecer tarde en llegar,
yo seguiré adelante.
Aun cuando la batalla se pierda,
aun cuando deba retirarme,
seguiré en pie,
porque lo he elegido.
Mi piel será una cicatriz andante,
mi sombra aún trazará tu nombre,
y mis labios, aunque en silencio,
seguirán diciendo lo que fue.
Nunca rendirme.
Cuando la sombra pese,
cuando el aire se vuelva muro,
cuando la noche devore mis huesos,
buscaré una mano,
me aferraré al filo del instante
y dejaré que la herida se cierre
sin llorar su cicatriz.
Si llega la última batalla,
seré quien la libre.
No porque deba,
sino porque he decidido pelear.
Que no haya lucha que no pueda ganar,
aun si caigo diez veces,
aun si el polvo me reclame,
aun si mi sangre escriba derrota en la tierra.

Porque cuando el último golpe caiga,
cuando la arena se detenga,
cuando todos los relojes callen,
mi nombre seguirá en pie.
Porque así lo quise.
Y eso basta.

Latido inquebrantable: entre soldados y escorpiones.

Sentir es un acto que nace en la carne, donde cada emoción y pensamiento se forjan en el pulso vibrante de la piel. Este latido, primigenio y salvaje, transforma cada roce en un combate silencioso contra la indiferencia. Amar a la distancia o tocar a alguien no son meras metáforas, sino manifestaciones de ese mandato interno que se rehúsa a ser silenciado.

Ella marcha como soldado, entrenada en el arte del sometimiento, forjada en la imagen de una fuerza implacable. Su andar, medido y preciso, es un desfile de órdenes internas: cada paso es una estrategia, cada gesto, un mandato. Su cuerpo se convierte en un campo de batalla, donde la carne se endurece con la repetición y la guerra contra la conformidad se libra sin tregua.

Día tras día, se pule para encajar en un molde preestablecido, en una competencia muda que borra sus contornos. Se adiestra en la imitación, en la sincronía perfecta con las demás, hasta que no queda más que un reflejo deformado de un ideal impuesto. ¿Fue alguna vez ellas mismas, o simplemente sombras de lo que se esperaba que fuera?

La tradición, implacable y ancestral, pesa como un yugo de hierro, ahogando cada intento de rebelión y condenando el alma a perpetuar el molde.

Espera, inconsciente, que el mundo la trate como su padre la trató: con la crudeza de una bestia. Si él fue brutal, su violencia se vuelve ley ineludible; y si, por azar, alguien las acaricia con respeto, se revuelve en un desasosiego que le recuerda que lo natural es el golpe, no la caricia.

Como en el ritual de los escorpiones, donde el apareo es un rito ineluctable: el macho deposita su esencia fuera de sí, toma las tenazas de la hembra y, con una presión casi sagrada, la recorre para sellar su destino. Pero si en esa danza el orden se invierte, si el instinto pierde la cadencia, la escena se torna antinatural y, en un acto de terror primitivo, la extingue. En un mundo de guerreros programados, la desviación se paga con la extinción.

Pero en la piel arde un secreto imposible de silenciar: es la esencia rebelde que se niega a marchar en fila. A pesar de la disciplina impuesta, cada latido clama por romper la cadena de órdenes y abrazar el fuego de su propia verdad. En el eco de cada paso marcado y en el ritual ancestral que condena la desviación, late un pulso inconformista que desafía la sumisión. La verdadera victoria reside en recordar y revivir cada emoción, en transformar el dolor en un grito inmortal que se funde con el alma.

Así, entre soldados y escorpiones, la carne y el espíritu se unen en una lucha eterna. Una lucha que, a pesar de las cicatrices del mandato, se convierte en un manifiesto de libertad inquebrantable, un destino que, aunque impuesto, se torna eternamente propio.

Cuando la realidad estrecha su cerco, los sueños se vuelven el último resquicio de libertad.

La cama, fría e inmóvil, no transmite nada. Pero sobre ella, mis sueños flotan, dispersos, como ramas secas entrelazadas, rotas, consumidas por el fuego de un anhelo que nunca se enciende del todo. En la penumbra la imagino desnuda, sentada en un restaurante concurrido, los pezones hundidos en la sopa de tomate caliente, mirándome en un mutismo perdido en sus pensamientos.

En su reposo, su cuerpo se debate en tenues manifestaciones de ternura: un mínimo abrazo, una sonrisa esquiva. De cuando en vez, la observo dormir, su cuerpo liberado de toda inhibición, más suyo que nunca. Y entonces, en el murmullo de la noche, emergen las señales: su respiración se entrecorta, su piel se agita, su mundo onírico se enciende. Sus gestos, sus gemidos, revelan el incendio de un deseo que no comparto, pero que presencio con una excitación malsana, atrapado en las migajas de una pasión que no me pertenece.

Fascinado, mi contemplación se convierte en impulso. Su cuerpo, atrapado en el sueño, se mueve con la cadencia de una danza secreta. La toco, y su carne responde con ansia. Mi piel es devorada por la suya, mis dedos tragados por el latido palpitante del diamante entre sus piernas. Su cuerpo se arquea, se tensa, el aire se llena de sonidos guturales, de jadeos incontrolables. Se estremece, se abre, se desborda. Y en el clímax de su abandono, grita un nombre. No el mío. Nunca el mío.

El silencio cae como un telón. La misma calma de siempre la envuelve, su sueño sigue intacto, sereno. Yo permanezco despierto, atrapado en el insomnio de los que entienden demasiado tarde que nunca han sido parte del deseo ajeno, mendigo de un amor que jamás me perteneció. Me consumo, como brasa agonizante, sofocada en la ceniza de un fuego que nunca ardió para mí.

El Eco de la Resistencia: Contra la Sombra del Conformismo

Entre la fragilidad del juicio embriagado y la audacia innata de lo auténtico se despliega un canto a la libertad.

No sé tú cómo lo ves, pero te observo: valiente y desafiante, resistiendo con cada latido las formas arcaicas que intentan encasillarte en un molde impuesto por un mundo insensible.

Vivo en una constante resistencia, donde cada acto de rebeldía se convierte en un susurro que se eleva a clamor de libertad. Reflexiono con amargura sobre aquellos que, tras conquistar su ser en discursos académicos y ensayos pretenciosos, se erigen como guardianes de un ideal inmaculado. En su obsesión por la perfección, juzgan a quienes no se amoldan a un estándar homogéneo, celebrando la imitación mientras relegan la autenticidad a un rincón olvidado. En esta sociedad, el estándar se erige como una sombra opaca que oscurece la verdadera esencia del individuo.

Quizá el precio de ser homogéneo sea la pérdida de la singularidad, una copia que diluye el alma y extingue la chispa vital. En medio de este mar de conformismo, tú, Marta, resplandeces con la luz de tu autenticidad. Eres la encarnación viva de quien, en lugar de buscar la aprobación ajena, opta por cosechar nísperos o reparar un techo con sus propias manos, tallando su existencia en acciones genuinas y resonantes.

Mientras te observo, mis propios pensamientos se debaten entre la envidia y la admiración. Me cuestiono mi complicidad en este sistema que, a pesar de mi protesta interna, me encarcela en la pasividad del espectador. Cada gesto tuyo, cada decisión valiente, me recuerda que la verdadera fortaleza reside en la libertad de ser, algo que muchos profesan conocer, pero pocos practican en lo más profundo.

En el eco de tu resistencia, se forja una lección: la auténtica competencia no radica en parecerse a los demás, sino en vivir según la propia verdad, disolviendo las sombras que otros proyectan sobre lo genuino. Y es en ese contraste, en el vacío que deja mi incapacidad para actuar, donde emerge mi ambivalencia: soy tanto crítico como cómplice, un mendigo de inspiración en un banquete de imitaciones.

Al final, cuando el murmullo se convierte en silencio, me doy cuenta de que mi lucha interna es la más amarga de las batallas. El vacío me envuelve, tan frío como la indiferencia de un mundo que premia la conformidad. Y en esa soledad, mi voz se quiebra en una revelación inesperada: la libertad auténtica es un ideal que se conquista, no se imita, y yo, en mi constante resistencia, apenas soy un eco distante en el concierto de quienes realmente se atreven a ser.

Laberintos del Olvido: Memorias en la Penumbra

En un rincón olvidado de la ciudad,
donde la luz se encoge y se oculta ante la verdad,
la inocencia se fragmenta en susurros delicados,
como notas desvanecidas de un violín antiguo
que aún resuena en callejones sin nombre.

Allí, en la penumbra de lo cotidiano,
una memoria de pureza perdida se alza
como el eco de un suspiro,
un vestigio de lo que fue y ya no es,
mientras yo, en mi introspección, me pregunto
si acaso mi propio ser no es también un fragmento
de aquello que el tiempo ha ido deshaciendo.

En el cruce de lo prohibido y lo ordinario,
una niña, tan frágil como el alba,
se esfuerza por imitar sombras ajenas,
reflejos distorsionados de un anhelo inalcanzable,
tejido en los pliegues de una cultura
que, en su afán de espejismos, ha olvidado
la pureza intrínseca de cada alma.

Mientras el mundo se desliza sin detenerse,
la urdimbre social se enreda en secretos silentes,
y el error se vuelve costumbre,
un murmullo melancólico que se disfraza
de ritual inmutable, tan natural como la noche
y tan efímero como el alba.

Yo, testigo silencioso y doliente,
observo con el corazón dividido
cómo mi propia fragilidad se confunde
con el reflejo torcido de un espejo roto,

donde lo correcto se disuelve en la penumbra
y el olvido se cierne como un destino inexorable.

En ese instante de dolor y revelación,
mi alma se cuestiona su complicidad:
¿acaso soy yo, con mis silencios y mis sombras,
otra partícula perdida en el laberinto del existir?
La respuesta se esconde en un eco universal,
en el murmullo de la tierra y en el canto eterno
de una libertad que se conquista a pulso,
donde cada herida es una huella sagrada
y cada suspiro, una rebelión contra el olvido.

Desde la línea delgada

No te dejé de amar,
pero el amor ¿como ciertos trenes?
pierde estaciones sin avisar.

A veces regresa
a dormir bajo mis costillas,
otras veces camina descalzo por mi lengua
buscando dónde quedarse,
pero ya no encuentra casa.

Caminaste conmigo más allá de mis fuerzas,
dejaste en mis manos
las ruinas de una ternura maltratada
y la dignidad ¿esa perra orgullosa?
lamía sus heridas en silencio.

Elegiste un camino que no pisé contigo.
Y aunque aún te pienso con ternura de mendigo,
ya no estoy dispuesto a romperme por nadie.
El amor no se extingue,
pero aprende a no rebajarse.

No quiero que te duela.
No deseo el castigo,
solo que veas
que también merezco un refugio
donde no me estallen los espejos.

Seguiré siendo quien carga con lo dado,
quien sostiene lo que queda de, sí sin disfraz.
Vos harás lo mismo,
cada quien con su abismo y su lucidez prestada.

Y si esta línea se rompe,

no será por falta de amor,
sino porque, en la ciudad que nos habita,
finalmente aprendí
a llamarme por mi nombre
sin miedo a estar solo.

En esta calle sin esquinas,
la autenticidad cuesta más que el oro,
y sin embargo,
aquí estoy,
desnudo de promesas,
pero limpio.

Todas las vidas que no viví: Una y otra vez, tú

Elegir es siempre una pérdida.
Cada vez que te elegí, dejé morir
una vida posible
que quizá me habría amado,
si tú no hubieras estado.
Entiendo que para vivir
hay que dejar atrás
infinitos rostros de uno mismo,
y elegir sólo uno
para que la vida pese.
Te amo tanto
que renuncio a todas las versiones felices de mí
que no te conocen.
Tú, inevitable,
eres mi error más hermoso.
Perdí, sí.
Pero también fui valiente:
gané esta vida contigo.
No es perfecta.
Pero es real.
Y tú ?incompleta, contradictoria,
suficiente.
¿Cuál es la decisión correcta?
Todas.
Y ninguna.
Yo renuncio a los infinitos
por este fragmento que eres tú,
que elegí ?una y otra vez?
para que me completara.